

El signo lingüístico

Algunos sistemas de comunicación están formados por signos gráficos, como pueden ser las señales de tráfico. Otros contienen signos gestuales, como ocurre con el lenguaje mímico que utilizan las personas sordas. Las lenguas, en cambio, están constituidas por signos que emitimos oralmente: los signos lingüísticos.

El signo lingüístico

Llamamos signo lingüístico a cada uno de los signos orales que componen una lengua. Estos signos orales, dotados como todo signo de significante y significado, pueden ser de naturaleza muy diversa. Son, por ejemplo, **signos lingüísticos** los siguientes segmentos:

- Los enunciados: *Luis se ahoga en un vaso de agua.*
- Las expresiones: *boca de subte.*
- Las palabras: *mesa.*
- Ciertas secuencias de sonidos dotadas de significado. Por ejemplo, en la palabra *pescaderías* podemos identificar las siguientes secuencias con significado:
 - La secuencia *pescad*, que nos remite a la idea de «pescado»;
 - La secuencia *ería*, que nos remite a la idea de «local donde se vende algo»;
 - La secuencia *s*, que nos remite a la idea de «plural».

El significante y el significado del signo lingüístico

Lo mismo que ocurre con los demás signos, en los signos lingüísticos se pueden distinguir dos planos: el significante o plano de la expresión y el significado o plano del contenido.

- El **significante** de un signo lingüístico es la imagen que tenemos en nuestra mente de una cadena de sonidos determinada. Esa imagen fónica permite, por ejemplo, que podamos pensar palabras sin pronunciarlas.

l-á-p-i-z

- El **significado** de un signo lingüístico es el concepto o la imagen que asociamos en nuestra mente a un significante concreto. Así, cualquier hispanohablante asocia a la cadena de sonidos *l-á-p-i-z* una imagen similar a esta:



El significado no es un objeto real, sino solamente el concepto que una cadena de sonidos nos sugiere. Por eso, cuando escuchamos la palabra *lápiz* podemos pensar en un lápiz de madera o en un lápiz de metal, en un lápiz negro o en un lápiz de color. Pero, en cualquier caso, sea cual fuere nuestra representación mental de la palabra *lápiz*, siempre pensaremos en un instrumento que contiene una mina de grafito o de cualquier otro material con la cual se puede escribir.

Del mismo modo, la palabra *mesa* evoca en algunos hablantes un objeto de madera de superficie circular sujeta por tres patas, mientras que a otros hablantes puede sugerirles la imagen de un objeto metálico de superficie rectangular y con cuatro patas. Ahora bien, tanto unos hablantes como otros definirán ese concepto como un «mueble compuesto por una superficie, generalmente lisa, sostenida por una o varias patas, que sirve para comer, estudiar, escribir, jugar y otros usos diversos».

Significante y significado se corresponden y se implican mutuamente, como si fueran la cara y la cruz de una misma moneda. Ambos son dos aspectos inseparables de una misma realidad que se forma en nuestra mente: **el signo**.

La arbitrariedad del signo

Si hay lenguas distintas es porque en cada lengua se asigna un significante distinto a un significado que puede ser común a todas ellas. Así, por ejemplo, al concepto de «ser humano adulto varón» asociamos en español el significante *hombre*, en inglés el significante *man* y en francés el significante *homme*.

Este hecho evidencia que la **relación** entre significante y significado es **arbitraria**: los hablantes de una lengua han asignado históricamente una cadena de sonidos a un determinado concepto, pero podrían haber asignado cualquier otra cadena.

Signos y código

Los signos no aparecen aislados, sino que se agrupan unos con otros formando sistemas que nos permiten construir mensajes y comunicarnos. Cada uno de esos sistemas de signos constituye un **código**. Así, el sistema de notación musical escrita constituye un código que nos permite construir un mensaje, como puede ser una partitura; y la representación de las distintas notas musicales son los signos que forman ese código.

Los **signos** que pertenecen a un mismo código suelen ser signos de la misma naturaleza y suelen tener una misma forma de significar. Así, el conjunto de señales de circulación forma un código en el que los colores, las formas, las siluetas... adquieren una determinada significación.

Pero un código no está formado solamente por un conjunto de signos, sino también por las **reglas** que permiten formar los signos y combinarlos entre sí para construir mensajes. Así, el código formado por las señales de tráfico contiene las distintas señales y reglas que, por ejemplo, obligan a combinar el color rojo y la forma circular para expresar prohibición.

Relaciones entre los signos

En el interior de cada código, los **signos** se relacionan entre sí, de modo que el valor de cada signo depende no solamente de sí mismo, sino también del valor de los demás y de las reglas que rigen sus posibles combinaciones. En este sentido, un código viene a ser como el juego del ajedrez: está compuesto por unas piezas –los propios signos– y unas reglas que estipulan el movimiento de esas piezas; y en un momento de la partida, el valor de cada pieza depende no tanto de sí misma como de su posición en el tablero en relación con las demás.

El código lingüístico

Una lengua es también un código constituido por los distintos signos lingüísticos y por las **reglas** que permiten formar y combinar esos signos. Esas reglas, por ejemplo, exigen en español que los determinantes y el adjetivo concierten con el sustantivo en género y en número, de modo que una combinación del tipo *Un casa antiguos* no pueda admitirse. De la misma manera, no es lo mismo decir *El niño mordió al perro* que *El perro mordió al niño*; las piezas de ambos mensajes son las mismas, pero las relaciones entre las piezas son diferentes en uno u otro caso.

✚ PARA SABER MÁS

Las palabras motivadas

La relación entre el significante y el significado de una palabra es arbitraria, no obedece a ningún motivo, salvo casos como las *palabras motivadas*, en las que la relación entre significante y significado responde a una razón determinada. Son palabras motivadas los epónimos y las onomatopeyas.

- Los **epónimos**:

son palabras que se han formado a partir de un nombre de persona. Por ejemplo, *pasteurización* a partir de Louis Pasteur.

- Las **onomatopeyas**:

son palabras que intentan reproducir un sonido, como *chapotear*.

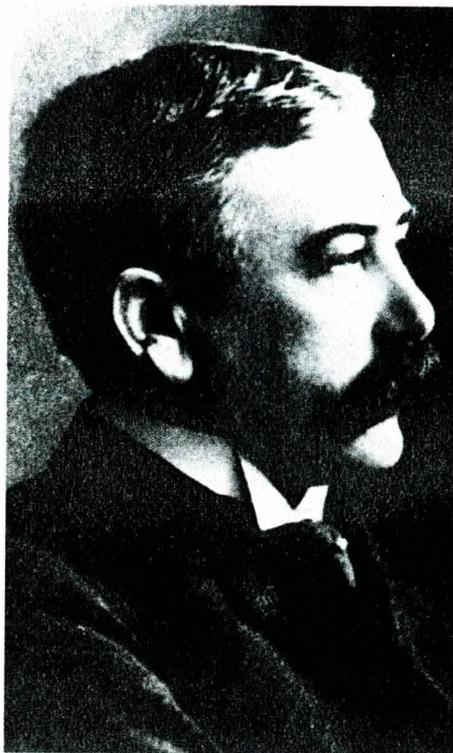
Pero incluso en las onomatopeyas hay variaciones de una lengua a otra que revelan la arbitrariedad del signo. Por ejemplo, para representar el ladrido del perro, el español emplea *guau-guau*, mientras que el catalán utiliza *bup-bup*.

Historia de la lingüística moderna

Aunque desde antiguo ha existido una preocupación por el lenguaje, la lingüística, tal como la entendemos hoy en día, es una disciplina científica relativamente reciente que se inició con la publicación en 1916 del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure.

Los principios de la lingüística

El concepto de lingüística tiene sus orígenes en el seno de la filología comparada del siglo XIX en la que surgieron las primeras reivindicaciones científicas. Se trataba de estudiar las semejanzas y diferencias entre las lenguas a fin de establecer familias y orígenes comunes. Se comenzó a compilar datos y a observar fenómenos, lejos de las especulaciones filosóficas de la Antigüedad. Rasmus Christian Rask (1787-1832), lingüista danés, es uno de los iniciadores, junto con Franz Bopp (1791-1867), de la gramática comparada e histórica.



Ferdinand de Saussure.

Ferdinand de Saussure y el estructuralismo moderno

En 1916 dos discípulos de Ferdinand de Saussure (1857-1913) publican su *Curso de lingüística general*, la gran obra de su maestro, punto de partida del estructuralismo moderno.

El estructuralismo es un método de investigación científica basado en el estudio de la estructura, que se aplica a muy diversos campos del saber (psicología, lingüística, antropología, filosofía, etc.). Sostiene que el fenómeno, el hecho aislado, no determina el conjunto, sino que es este el que explica el sentido pleno de cada elemento. El estructuralismo intenta averiguar el modelo o estructura subyacente en cada uno de los fenómenos de la realidad, con el fin de descubrir las relaciones o leyes ocultas que establecen la organización de los elementos que componen esos fenómenos.

En el *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure se introducen los conceptos y distinciones que han establecido las bases de la lingüística moderna:

- La lengua es un sistema en el que cada elemento solo tiene valor por sus relaciones con el resto.
- Distinción entre lengua (código social) y habla (utilización individual).
- Fundamental diferenciación entre los dos planos de observación del hecho lingüístico: el sincrónico (como sistema estable) y el diacrónico (en su evolución histórica).



Roman Jakobson.

El Círculo Lingüístico de Praga

Los integrantes más representativos de esta asociación, fundada en Praga en 1926 por estructuralistas rusos y checos, son Roman Jakobson (1896-1982) y Nocolai S. Trubetzkoi (1890-1938). En su concepción del lenguaje adquiere especial importancia la noción de función: la lengua concebida como un sistema funcional, cuya finalidad es expresar y comunicar. Los estudios sincrónicos llevados a cabo en fonética y fonología han supuesto un importante impulso en estas disciplinas.

La Escuela de Copenhague

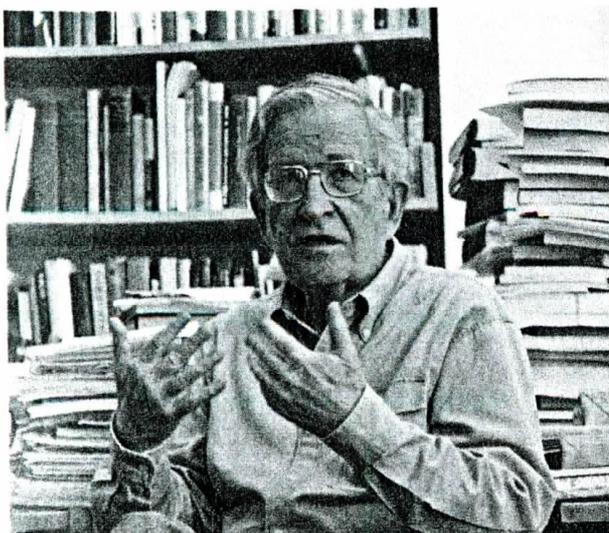
Esta corriente se crea en 1931 dentro del estructuralismo. Louis Hjelmslev (1899-1965), en concreto, es el padre de la *glosemática*. Esta teoría del lenguaje, expuesta en su obra *Prolegómenos a una teoría del lenguaje* (1943), persigue la formulación de una teoría lingüística universal a partir de lo que tienen en común en su estructura las distintas lenguas e incluso otros sistemas de comunicación.

El estructuralismo americano

A partir de los estudios de Leonard Bloomfield (1887-1949) surge en los Estados Unidos un estructuralismo en el que, frente a la rama europea, se concibe el habla como un acto de conducta que obedece a las condiciones externas en que se produce.

La gramática generativo-transformacional

Noam Chomsky (1928) es el creador de la gramática generativo-transformacional, que trata de establecer una serie de reglas por las que una lengua es capaz de generar un número infinito de oraciones gramaticales a partir de un conjunto relativamente reducido de construcciones básicas. Desde su punto de vista, el objetivo de la lingüística es



Noam Chomsky.

determinar cuáles son esas propiedades comunes a todas las lenguas, los llamados **universales lingüísticos**. Entre las obras del estadounidense sobresalen *Estructuras sintácticas* (1957), *Cuestiones frecuentes en la teoría lingüística* (1964) y *Resultados empíricos de la gramática transformacional* (1973). Noam Chomsky es, además, un intelectual muy interesado en cuestiones de política internacional.

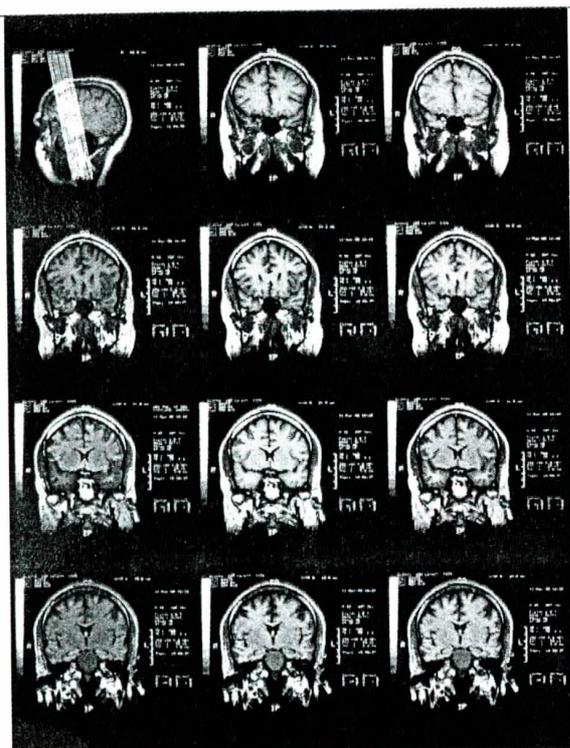
? SABÍAS QUE...

La primera gramática

La primera gramática que se conoce fue escrita alrededor del siglo V antes de Cristo. Es la obra del gramático indio Panini sobre el sánscrito, lengua que en la India se considera sagrada y culta. En ella se mostraba cómo se formaban las palabras y qué parte de las mismas era la que llevaba el significado. Los trabajos de Panini y de otros estudiosos indios sirvieron para interpretar los libros sagrados de los hindúes que se escribieron en sánscrito.

Lenguaje, pensamiento y realidad

La parte del cerebro donde reside la capacidad del lenguaje sigue siendo, en gran parte, una incógnita. Por otro lado, cada lengua refleja e interpreta la realidad de una manera; esto hace que nos preguntemos hasta qué punto la lengua condiciona nuestra manera de ver el mundo.



La corteza cerebral es el centro de la creatividad, el aprendizaje, la voluntad, la memoria, el pensamiento, la interpretación de las sensaciones... y el habla. En la imagen, resonancia nuclear magnética del cráneo.

¿Dónde reside el lenguaje?

Hagamos lo que hagamos, el **cerebro** interviene como órgano director. Por eso, si queremos buscar el último responsable de la actividad lingüística humana, habremos de empezar por saber cómo es y cómo funciona esta parte de nuestro organismo.

Para conocer la estructura y el funcionamiento del cerebro, muchos investigadores han hecho lo que parecía imposible: meterse en la cabeza de alguien. Gracias a sus investigaciones, se sabe que lo que comúnmente denominamos cerebro está dividido en dos **hemisferios**. Cada uno de estos hemisferios controla, de forma preferente pero no exclusiva, un lado del organismo. Así, en las personas diestras, la parte derecha del cuerpo se controla principalmente con el hemisferio izquierdo, mientras que sobre la parte contraria domina el hemisferio derecho.

Ahora bien, ¿qué ocurre con las actividades relacionadas con el lenguaje? ¿Qué hemisferio hace posible que hablemos, escuchemos, escribamos y leamos? Durante mucho tiempo se pensó que el **hemisferio izquierdo** era el que controlaba preferentemente actividades lingüísticas como la selección de palabras para construir una oración o la interpretación de

un mensaje que hemos escuchado. Incluso, gracias a las investigaciones con pacientes que habían sufrido un daño cerebral, se llegó a concretar qué áreas del cerebro estaban especializadas en determinadas habilidades lingüísticas. Así, se pudo saber que hay una zona encargada de controlar la coherencia de aquello que decimos; si esa zona se daña, el individuo podrá emitir palabras, pero lo que diga no tendrá ningún sentido.

Sin embargo, a medida que avanzaba la investigación se fueron obteniendo datos contradictorios: por un lado, personas que tenían dañadas algunas de las zonas mencionadas no perdían ni la capacidad de producir mensajes coherentes ni la de entender lo que se les había dicho, mientras que personas que tenían dañadas zonas distintas a estas perdían alguna de esas facultades. Por otro lado, se descubrió que en algunos individuos no es el hemisferio izquierdo, sino el derecho, el que controla preferentemente las actividades relacionadas con el lenguaje. De hecho, hoy se tiende a pensar que la **actividad lingüística** podría ser en muchos casos una **tarea compartida** en igual medida por ambos hemisferios.

Como hemos podido comprobar, la pregunta ¿dónde reside el lenguaje? no admite una respuesta simple. A pesar de los grandes avances realizados, en la actualidad el cerebro sigue siendo en buena parte una región desconocida. Sabemos que la capacidad de lenguaje radica en él, pero los investigadores no han podido explicar todavía de manera satisfactoria cómo se realiza la conexión entre los mecanismos cerebrales y los procesos lingüísticos.